

EL CENTRO Y LA PERIFERIA

GANARSE EL DERECHO A EXISTIR

En el Informe que presenta la Conferencia Episcopal venezolana al sínodo de los obispos —Roma 1974— dicen nuestros preladados hablando de los rasgos generales de la situación eclesial venezolana:

“La situación de la Iglesia sufre todavía los efectos de contingencias políticas y de medidas persecutorias, que interrumpieron durante varias décadas la existencia o funcionamiento normal de diversas instituciones (seminarios, vida consagrada, etc”).

Aunque ya pasaron estas cosas, creemos que es cierto que aún perduran sus consecuencias. Tal vez el efecto más notable sea la búsqueda, por encima de todo, de la normalidad institucional. Ya no se trataría de ningún modo por parte de la jerarquía de la pretensión de ejercer un control social, aspiración que es bien visible todavía en el concordato de Guevara y Lira de 1863. Se trataría por el contrario de defender el derecho a existir en un país que en gran medida nace de la misma Iglesia a través sobre todo de las misiones.

Este proceso de normalización institucional toma impulso en tiempos de Gómez coincidiendo con un proceso paralelo de la sociedad civil; aunque ambos procesos nazcan lastrados por las limitaciones y contradicciones de la autocracia gomecista. De tal manera que, en lo referente a la Iglesia, aunque ya estaban en marcha procesos profundos de cambio resulta válida hacia los años cuarenta esta panorámica de Monseñor Rosalio Castillo.

“Por diversas circunstancias de orden histórico, Venezuela fue un país de mayoría católica, pero poco practicante; de fe popular, sencilla y profunda, pero contagiada con muchas actitudes supersticiosas, y sobre todo, sumérgida en una profunda ignorancia religiosa, producto de la crónica escasez de sacerdotes y de la acentuada tendencia anticlerical, resabio de las corrientes filosóficas del siglo pasado, que impregnaban la enseñanza universitaria e inspiraban la acción de los gobiernos de turno”. (Trípode, feb. 1974, p. 17).

Con gran escasez de recursos humanos la Iglesia venezolana ha logrado en estas últimas décadas una apreciable consolidación institucional y un grado reconocido de honorabilidad social. Por eso en el mencionado informe al Sínodo se refieren a esta difícil meta alcanzada diciendo:

“Las relaciones con el Estado se han mantenido en un clima de mutuo respeto y colaboración”.

Sin embargo se tiene conciencia de que el equilibrio es inestable, de que las bases de la institucionalización eclesial no están aún suficientemente consolidadas, y por eso se desea ante todo el orden, el diálogo, la paz y la concordia, y se teme sobre todas las cosas al conflicto: ya sea en el interior de las instituciones eclesiales ya sea sobre todo con los poderes socio-político-económicos que conforman este orden social.

ASUMIR NUESTRA POBREZA

Pero creemos que en estos años se apunta un cambio de dirección y quisiéramos insistir en su importancia. No se trata de juzgar a nuestros mayores sino de aceptar la tarea que nos toca a nosotros. Probablemente no pudo ser de otro modo, pero pensamos que el proyecto eclesial vigente presenta un notable mimetismo con el proyecto civil. Podemos decir de ambos que su institucionalización no siempre ha superado suficientemente los límites de lo puramente formal. Y no es, pensamos, que aún no hemos llegado. Sino que tal vez no sea ese el camino. Tal vez incluso tengamos que decir que la institucionalización obedece en parte al deseo inconsciente de aislarnos de la realidad creando un ámbito formal de organizaciones, de siglas, de reuniones, de comisiones en el que uno puede moverse con desenvoltura sin la opacidad de lo real.

Tenemos la impresión inconsciente de que nos cerca la tierra de nadie, la barbarie, el tremedal, y en vez de recoger su desafío como Santos Luzardo, preferimos la lejanía del centro de la ciudad a donde llegan opacados los ecos de lo que quedó fuera.

Como en la sociedad civil, esta institucionalización formal esconde una falta de sustantividad propia: Caracas no es capital, no es la cabeza que piensa y siente y proyecta por sí misma como expresión de la vida de todo el cuerpo nacional. Nuestro centro no es tal: es satélite que consume lo que se produce en otras partes. También en materia religiosa. No somos apenas “la Iglesia de Dios que está en Venezuela”, una Iglesia local. Y eso no por nuestra pobreza, sino, por el contrario, porque no queremos admitirla. Porque no queremos asumirla y caminar desde ella. Y por eso la periferia de nuestra Iglesia vive del recuerdo vivo de cuando hubo evangelización, vive su vida de pecado y de encuentro con el Señor, casi sin conocerle, como Dios les da a entender, por sus caminos. Por eso no acabamos de comprender que nuestra misión no puede ser hacer más efectiva la presencia de la Iglesia en las zonas marginales, sino crear una Iglesia marginal, convertirse en una Iglesia de los pobres, en una Iglesia pobre. Es el programa que nos propone el Presidente del CELAM, Eduardo Piroño: **“La Iglesia latinoamericana es una Iglesia pobre: en bienes materiales, en riquezas de tradición, en talentos personales. Pero la pobreza es precisamente la fuente de la fecundidad. Quizás sea eso lo que esperan de ella otras Iglesias. Porque la pobreza abre fundamentalmente a Dios”.** (Christus, México, mayo 1973, p. 47).

LA FE ES SALIR DE CASA

De ahí nuestro cambio de dirección, nuestra conversión como un ir a la periferia para encontrar allí nuestro verdadero centro, nuestra densidad y la vida fresca del Espíritu. Se trata de oír la misma voz que Abraham y salir de lo que creemos tener antes de que sea demasiado tarde. Allí, en el desierto de lo que aún no tiene forma, es donde Dios hablará a nuestro corazón. Allí nos encontraremos también con nuestro exacto tamaño e imploraremos a Dios de corazón. Entonces podremos conocer al Dios que llama a la existencia a lo que no es y resucita a los muertos. Y entonces también veremos las maravillas de Dios.

Hoy en Venezuela
muchos hombres de Iglesia
están pasando las fronteras



Porque en la periferia no hay falsos problemas de jurisdicciones, de leyes, de competencias, de corrientes que se combaten, de derechos y de ortodoxias, de superiores y súbditos... En la periferia sólo hay algo que vive y muere sin nombre, algo que espera nacer. Allí sólo se trata de dar y recibir vida, de salvar lo que se ha perdido, de fortalecer las rodillas vacilantes. O en frase de Medellín, de "alentar y favorecer todos los esfuerzos del pueblo por crear y desarrollar sus propias organizaciones de base, por la reivindicación y consolidación de sus derechos y por la búsqueda de una verdadera justicia" (2,27). Y uno de los derechos más queridos por el pueblo cristiano es el derecho a conocer la palabra de Dios, "gran alegría para todo el pueblo", pues él experimenta todos los días que, además del pan, el hombre vive de la palabra que sale de la boca de Dios, una palabra que les dice "Hijos" y que los empuja a liberarse de toda esclavitud.

En la periferia no cabe fabricarse pequeñas historias privadas. Allí uno está al descampado. Siente que en esta inmensa sequía no alcanza más que a construir pequeños jagüeyes que rebosan una semana y luego se van secando. Y por eso, mientras cava sin verlo algo más hondo, ruega por sus hermanos y por él al dueño del Espíritu que hace brotar manantiales que saltan hasta la vida eterna.

Claro que aún existen en el interior —y más que por los años veinte— doña Bárbaras y bachilleres Mujiquitas, pero la tentación del apóstol, el gran peligro sigue siendo el de Lorenzo Barquero: acabar

tragado por el tremedal, sin luz, sin sal, sin levadura y ciego ya para ver las pequeñas, profundas luces que se levantan, hijos tal vez de su siembra. Aquí se necesita toda esa gran esperanza de que habla San Pablo que cobra tales dimensiones que se transforma en paciencia, como el amor es paciente e imaginativo.

SE ESTAN CRUZANDO FRONTERAS

Pero esto no puede ser obra de hombres aislados sino de grupos que se convierten, que se desplazan. Grupos que no van a extender algo que ya existe sino a crear lo que no existe, a crear una Iglesia local, el pueblo de Dios que está en Venezuela. En este sentido el apunte escueto de nuestros obispos en su informe al Sínodo "Un número importante de religiosas se incorporó a labores apostólicas en ambientes marginales o más pobres", es para nosotros la señal de que nuestra Iglesia no duerme, y la promesa de nuestra futura renovación. El cambio de lugar no es todo, pero cuando va acompañado de un cambio de las condiciones de vida, puede ser la puerta grande para una verdadera conversión y por eso la condición de posibilidad de una evangelización viva en vez de una indoctrinación rutinaria.

Creemos que hoy en Venezuela muchos hombres de Iglesia están pasando las fronteras. Están yendo más allá de los clientes habituales, de los servicios habituales, de los asuntos habituales, de las palabras habituales, de los lugares habituales. Y al ponerse en contacto real con la

periferia descubren no sólo la profunda ignorancia religiosa de nuestro pueblo sino nuestro alejamiento, nuestra ignorancia, nuestra profunda inadecuación. Y empiezan a juntarse las dos pobreza. Entonces dejamos de ser centros hacia los que encaminamos a los demás y nos convertimos en caminantes, en compañeros de camino de los que marchan por la vida buscando a tuestas a Dios.

Y en el camino que se construye descubrimos como contrapartida el sentido cristiano del pueblo, y uno se alegra de estar metido en esas aguas del evangelio. Y descubriremos también que en las horas de noche, cuando uno se ve ya sin luz y derrotado, como a Santos Luzardo ellos sabrán confortarnos, nos darán vida y con ella la buena nueva de que nuestra vida no fue perdida.

El dilema que va definiéndose en nuestro cristianismo, más con hechos que con palabras, es: O el centro o la periferia. El centro no se puede extender a la periferia. El desarrollismo es un fracaso como proyecto social y un contrasentido como proyecto cristiano. La paradoja cristiana es que en la periferia está el centro. Y la opción centro o periferia equivale a gobierno o pastoral, organización o evangelización. Lo que no significa de ningún modo —esperamos que haya quedado claro— el dilema ficticio jerarquía—laicado o Caracas—interior. Gracias a Dios conocemos a curas y obispos que son verdaderos pastores de su grey, y no es necesario mucho análisis para comprender que en Caracas también hay fronteras.